

A los treinta años:

Grecia

La Resistencia que no se rindió

Miguel Bayón

ESTE verano se han cumplido treinta años de la derrota militar de la izquierda griega. La historia de la Grecia contemporánea contiene numerosas sugerencias para analizar el predominio derechista establecido, con careta dictatorial o democrática, en el Mediterráneo moderno. Sobre todo, desde un punto de vista de izquierdas, resulta importante seguir la heroica y amarga trayectoria de un pueblo cuya resistencia fue aplastada por la fuerza.



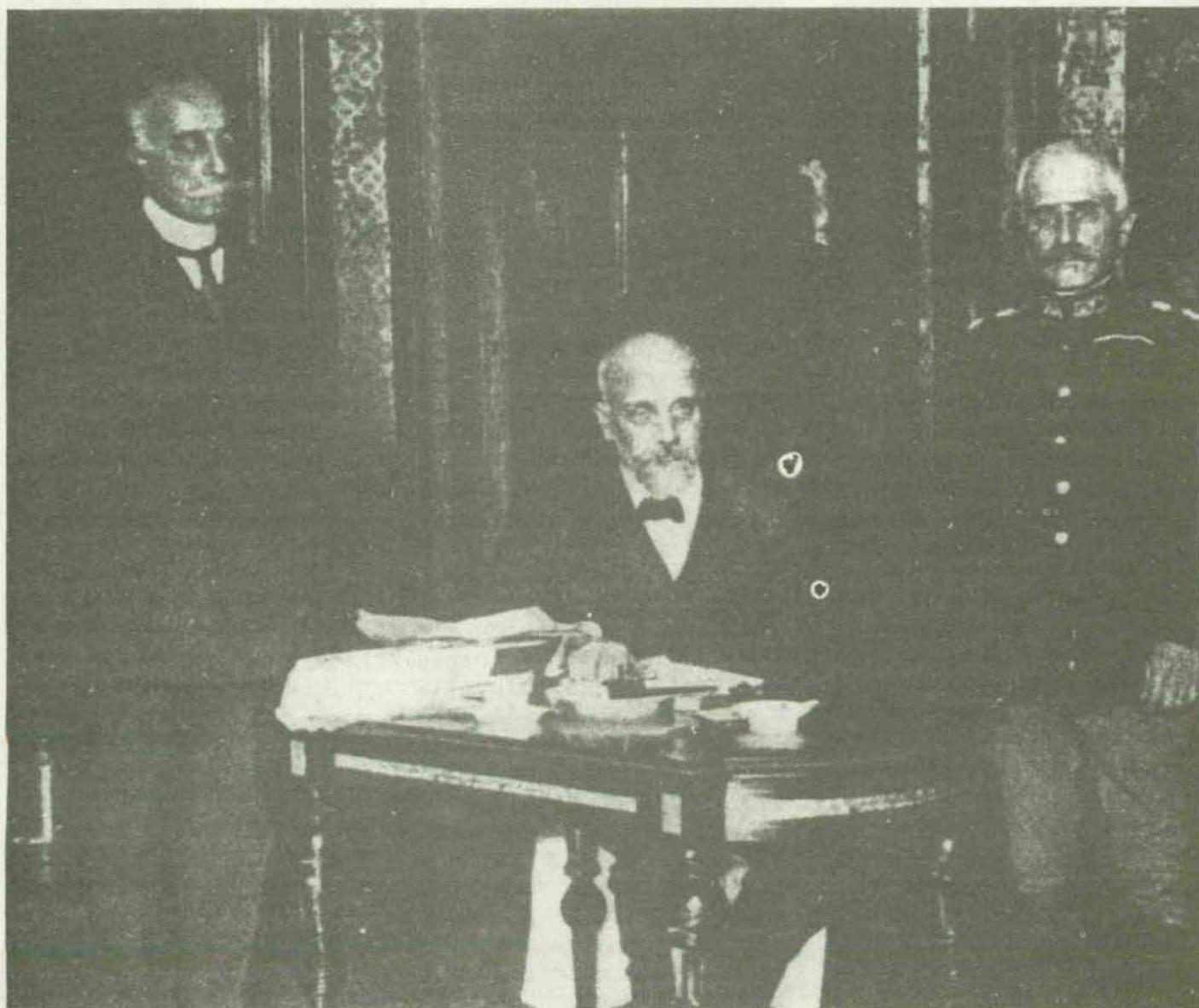
El palacio real de Tatoi, en Atenas.

LAS dos primeras décadas del siglo XX son, para la política exterior griega, de choque con el ya decadente Imperio Otomano. El final del XIX coincide con el enfrentamiento armado entre ambos países, de resultado adverso para los griegos en Tesalia. Son no obstante años de auge para la «enosis» (unión), idea ultranacionalista gestada a mediados de la centuria moribunda y que lleva a una constante reivindicación, entre otros territorios, de Creta. Tras el conflicto finisecular con los turcos, éstos mantienen su soberanía sobre la isla, pero las grandes potencias



Constantino I (1868-1923). Rey de Grecia de 1913 a 1917, y de 1920 a 1922.

(sobre todo el peso británico, es determinante, a larga distancia, *en la zona*) les obligan a conceder autonomía a los cretenses. La causa de la «enosis» no cesa, y su líder, el liberal Eleuterios Venizelos, proclama en 1905 la anexión de Creta como objetivo fundamental: tres años después es un hecho reconocido internacionalmente, ante el vuelco producido en el Imperio Otomano por la revolución de los «Jóvenes Turcos». Venizelos, tratando a toda costa de no encarar el gravísimo endeudamiento de su país, sigue impulsando la confusa ideología de la «Gran Grecia». En



Eleuterio Venizelos y sus colaboradores, tras la implantación de la República en Grecia (1924).



Alejandro I (1893-1920). Rey de Grecia de 1917 a 1920.

marzo de 1912 nace la Liga Balcánica, opuesta a cualquier anexión austrohúngara en el desmembramiento de la Turquía europea; en octubre, sin embargo, la Liga decide atacar directamente a los turcos, que son arrollados. Al olor de la carroña otomana, quieren acudir todos: Servia, Italia, Rusia, Austria-Hungría, Alemania, Gran Bretaña: lógicamente, los peces grandes manejan los hilos; la crisis es múltiple. El ataque de Bulgaria a Servia provoca la unión a favor de esta última de Grecia (que se ha anexionado las islas del Egeo, Salónica y el sur macedónico), Turquía, Montenegro y Rumanía: la victoria hace que Creta sea ya indudablemente griega. Pero los

Balcanes son un volcán imposible de apagar.

LOS FELICES 20 Y SECUELAS

Con el estallido de la I Guerra Mundial, Venizelos quiere intervenir a favor de los aliados, pero choca con el rey Constantino, que trata de apoyar con la neutralidad a Alemania. La pugna conoce altibajos: Venizelos tan pronto gana elecciones como es depuesto por el monarca, que en 1915 disuelve el Parlamento y expulsa a destacados socialistas. Por fin, en 1916, Venizelos instaura en Salónica un gobierno secesionista, proaliado, y combate contra los Imperios Centrales. No obstante, los aliados siguen reconociendo a Constantino hasta 1917, en que le fuerzan a abdicar en su hijo Alejandro. Venizelos, amo de la situación, prosigue oficialmente la guerra. La victoria hace que Grecia obtenga Tracia oriental y Esmirna. Pero con la paz se incrementan los problemas de Venizelos. La incipiente izquierda no le atosiga (en 1918 nace la CGT), pero los monárquicos no ceden. Muere Alejandro. En las elecciones del 20 Venizelos es vencido. Un plebiscito trae como rey a Constantino. La CGT es descabezada. Grecia ataca a Turquía, aparentemente maniatada en conflictos del poder central con armenios, kurdos y demás minorías de Anatolia. Pero la réplica turca arrasa a los griegos, que tienen que abandonar Asia: es «la catástrofe de 1922». En Kíos, los restos del ejército derrotado amenazan al rey, que huye de Atenas y morirá meses después en el exilio. El caos se prolonga. Venizelos negocia en Lausanne la paz con Turquía, y finalmente vuelve como salvador. El sucesor de Constan-



El general Yannis Metaxas. Toda su existencia política estará, pese a las infuflas fascistas que exhiba, bajo la sombra de los amos de Grecia, los británicos.

tino, Jorge II, ha visto fracasar una conspiración en su favor del general Metaxas, y ha tenido que dejar el país. La dinámica es rápida: la Liga de Oficiales, republicana, exige el fin de la institución monárquica. Venizelos nuevamente se quita de en medio. Viene la República en marzo de 1924. Al año siguiente, mientras se gesta la nueva Constitución, el general Pangalos se hace con el poder. Pero carece de soporte y es derrocado. Período electoral caótico: en 1926 los comunistas logran diez escaños; los socialistas están divididos. Venizelos vuelve en 1928. Los comunistas son prohibidos y surge ya la opción socialdemócrata. Las secuelas de la catástrofe

del 22 aún pesan: el país no ha sido capaz de absorber la inmigración de los antiguos colonos del Asia Menor. Venizelos se ve obligado a emprender una tímida reforma antilatifundista. En el 31 se reconstruye la CGT, pero el papel de la izquierda sigue siendo irrelevante. Toda la suerte se juega en el forcejeo entre los partidos liberales. El desorden aumenta día a día. La derecha monárquica propugna abiertamente sus propias soluciones de fuerza. El fracaso venizelista lleva a la restauración de Jorge II. Londres está detrás del tablero.

METAXAS

La década de los 30 es la de los dictadores. Grecia tuvo también el suyo, venido a «redimir» al país de la creciente lucha de clases y de la impotencia del sistema parlamentario: se trata del general Yannis Metaxas, que en su juventud fue alumno de la academia

militar de Postdam y en 1917 se viera detenido por los aliados. Toda su existencia política estará, pese a las ínfulas fascistas que exhiba, bajo la sombra de los amos de Grecia, los británicos. Estos y el rey deciden apoyar el acceso al poder del «espadón». Metaxas da con éxito un golpe el 4 de agosto de 1936. Sus aspiraciones aparecerán claras: «Desde el 4 de agosto de 1936 —dirá con vistas a elegir los amigos soñados—, Grecia se ha convertido en un Estado anticomunista, antiparlamentario y totalitario. Por ello, si Hitler y Mussolini en verdad quieren luchar por la ideología que predicán, deberían apoyar a Grecia con todas sus fuerzas».

Metaxas suprime toda veleidad en el agro, las libertades constitucionales, el Parlamento, y establece un régimen policial, auspiciado por el recurso a los mitos de la «Grecia Eterna». El mazazo es brutal para la impotente izquierda griega, que vivirá a partir de entonces con alucinada espe-

ranza el destino de la guerra civil al otro extremo del Mediterráneo, en España, mientras se debate bajo la dictadura militar y adivina un futuro europeo cada vez más deprimente.

Pero una cosa eran los deseos de Metaxas, y otra las realidades. Ninguno de los otros dictadores le suponía, con toda razón, capaz de despegarse bruscamente de la férula británica; y, además, cada uno tenía planes para la zona balcánica: ni el Reich ni el Imperio eran compatibles, a la hora de la verdad, con la Gran Grecia. Hitler, en un principio, ya había ido muy lejos en los Balcanes, con la ocupación militar de los campos petrolíferos rumanos; cualquier nueva imprudencia, siquiera a nivel diplomático, podría costarle el aún inoportuno zarpazo soviético. Mussolini, en cambio, no veía el momento de ampliar su cesarismo hacia Oriente: en abril de 1939, ocupa ya Albania. Metaxas, obligado a un renuente neu-



Tropas griegas, en la frontera con Albania, en vísperas de la invasión italiana. (Octubre de 1940).

tralismo por los hechos, ha dejado, sin duda como prueba de camaradería para con los otros dictadores, casi desguarnecida la frontera grecoalbana. Mussolini, a mediados de octubre, pide información a su mariscal Badoglio sobre los problemas de la invasión de Grecia; Badoglio exige en teoría veinte divisiones y un plazo de tres meses, pero se le ocurre preguntar si los alemanes estarían de acuerdo; Mussolini monta en cólera: ¿es que Hitler le anduvo consultando al invadir Polonia?; el Duce dice aspirar a Corfú, al Epiro, a Salónica: decide atacar el 28 de octubre de 1940. Los informes recogidos por Badoglio en el Estado Mayor son desfavorables: para entonces habrá mucha nieve en el Epiro, y en Albania sólo se cuenta con ocho divisiones, sin posibilidad de refuerzos inmediatos dada la insuficiencia portuaria de Albania y Grecia. «¡Antes me haré griego —exclama Mussolini— que soportar la vergüenza de ser el Duce de italianos que temen a los griegos!». Sugiere a Ciano que aceptaría la dimisión de Badoglio; éste, precavido, no la presenta. El propio Hitler se apresta a acudir a Florencia el lunes 28 de octubre para hablar con Mussolini de los Balcanes. En el tren le caerá encima el hecho consumado: Mussolini ha enviado a Atenas un ultimátum exigiendo la sumisión incondicional y la entrega de los territorios que Roma escoja; no está dispuesto, pretexta, a perdonar la conspiración de Grecia con Londres: el plazo de contestación será de tres horas. Ni el plazo se respeta: al amanecer, comienza la invasión. «Führer —proclama Mussolini en la estación florentina—, estamos en campaña. Mis tropas han entrado victoriosamente en Grecia a las seis de esta mañana». Aña-

dirá: «Todo acabará en quince días».

LA REPLICA

Pero los griegos no ceden. Se adaptan con astucia a la nieve, a la montaña. El 11 de noviembre es la desbandada italiana; ese mismo día, para colmo, en Tarento, los británicos destruyen la mitad de la flota fascista en un audaz bombardeo. A fines de año, las líneas del Duce están a sesenta kilómetros dentro de Albania; hasta la primavera de 1941, dieciséis divisiones griegas, sin aviación, inmovilizarán allí a veintisiete divisiones italianas: los griegos, con armas francesas o alemanas, se las ven y se las desean para reponer munición, y sólo reciben



Jorge II (1890-1947). Rey de Grecia de 1922 a 1924; de 1935 a 1941, y de septiembre de 1946 hasta su muerte, en 1947.

ayuda de algunas escuadras británicas. Papagos, jefe de las operaciones, cree incluso posible tomar Tirana y echar al mar a los italianos. El riesgo clave procede de tierras búlgaras; Sofía, desasistida por la URSS, no puede evitar caer en la esfera del Eje: los alemanes concentran allí su potencial; no pueden permitir que Grecia se convierta en base aliada contra el petróleo nazi de Rumanía. No obstante, en enero de 1941, Metaxas y Papagos no aceptan la oferta de Churchill de enviar a Grecia al propio Wavel, que ha empezado a invertir el inicial empuje de los alemanes en África: «Pediremos ayuda a Londres —dirá el gobierno griego— si la Wehrmacht cruza el Danubio». Hitler, en Salzburgo, se niega aún ante Mussolini a intervenir en Albania y Grecia ni siquiera como retaguardia, y también a sustraer parte del Afrika Korps para ayudar a los italianos en su fracaso en el desierto.

El 29 de enero muere de leucemia Metaxas. Churchill envía en febrero a Eden a Ankara, Belgrado y Atenas. Pero la amenaza alemana es inminente, ya que los italianos no avanzan un paso en el frente albanogriego. Turquía rechaza aliarse militarmente con Londres; Belgrado ni siquiera accede a las conversaciones. El sucesor de Metaxas, el presidente de la Banca Griega Alexandros Koritzis, ve la guerra perdida en cuanto entren los alemanes, pero no obstante declara que los griegos están dispuestos a la hecatombe. El 2 de marzo de 1941, un día después de forzar la adhesión de Bulgaria al Pacto Tripartito (presidido por el Reich e integrado ya por Hungría, Rumanía y Eslovaquia), los alemanes cruzan el Danubio, con aplastante exhibición de armamento, material fe-



El 11 de noviembre de 1940 es la desbandada italiana; ese mismo día, para colmo, en Tarento, los británicos destruyen la mitad de la flota fascista en un audaz bombardeo. (Escena de la Guerra Mundial en las cercanías de Atenas).

roviario y aviación: van hacia Ucrania, pero Hitler amaga lentamente con una porción de esas fuerzas hacia Grecia, esperando aún que Atenas se postre. Londres aconseja retrocesos y evacuaciones a los griegos, pero el régimen rehúsa ceder en la «línea Metaxas», petulante Maginot junto a Bulgaria, ni tampoco acepta abandonar Albania. Churchill no ve claro, en tales circunstancias, el envío de tropas en toda regla, pero es evidente la vergüenza que supondría huir en el **asunto griego, donde** —señala además Eden— Gran Bretaña se ha comprometido ya: en

consecuencia, contingentes británicos, neozelandeses y australianos empiezan a desembocar en la península el 7 de marzo. Mussolini ha visto la demostración de la Wehrmacht como dirigida especialmente a él; aprovechando que los italianos ya no retroceden (tampoco avanzan), el propio Duce encabeza la ofensiva del 9 de marzo: el 11 la derrota es palpable. El único recurso es la intervención alemana. Pero queda un último obstáculo: Yugoslavia. Un golpe de estado el 27 de marzo parece transtornar el sistema previsto por Hitler para los Balcanes. En efecto,

los nuevos dirigentes de Belgrado, con el rey Pedro II, firman el 5 de abril un pacto de amistad con Moscú: tal vez los soviéticos quieran que se rompa de una vez la baraja con Berlín. El odio del Führer es implacable: el 6 de abril arrasa Belgrado, «ciudad abierta», y conquista el país el 17 sin que los soviéticos hayan acudido en socorro de sus recientes aliados (*). La misma ofensiva a principios de abril se abate sobre Grecia. La «línea Metaxas», gracias al desesperado he-

(*) Ver «Tiempo de Historia», núm. 57, «Croacia, una nación en los Balcanes», por José M. Solé Mariño.



En diciembre de 1944 el propio Churchill (en la fotografía, por aquella época, en compañía de su leal secretario del Foreign Office, Anthony Eden), irá a Grecia. Sus instrucciones serán: «No vacile en actuar como si se encontrase en una ciudad conquistada en la que hubiera estallado una revuelta... Debemos dominar y conservar Atenas».

roísmo griego, aguanta tres días los intensos bombardeos. El día 8 cae Salónica. La «línea Metaxas» recibe autorización de Papagos para rendirse. «Sois los únicos que habéis resistido a los Stukas», dirá Hitler, tratando de captar la simpatía de los vencidos. La cuchilla alemana ha separado a las fuerzas griegas del Epiro de los británicos, que a toda costa quieren conservar el mar como salida a sus espaldas. Los alemanes siguen avanzando, hostigando desde el aire la difícil retirada entre los nieve de sus enemigos. El 18, Koritzis se suicida. El Epiro está prácticamente embolsado. El 21 es la capitulación griega. Los británicos ven cernirse sobre ellos un nuevo Dunkerque: menos hombres que salvar (55.000), pero dificultades geográficas mucho más graves. Decisivo es el triunfante bombardeo en Matapán sobre la escuadra italiana. Se organizan salvamentos de contingentes británicos en puntos dispersos, para evitar la masacre: se logrará sacar, sobre todo desde el Pelo-

poneso, a unos cuarenta mil hombres, pero el material se pierde. La bandera nazi ondea en la Acrópolis el 27 de abril: Jorge II escapa a Londres, donde instalará un gobierno en el exilio. La Wehrmacht presenta unos resultados apabullantes: una campaña de menos de un mes, más de seiscientos mil prisioneros enemigos y muchas menos de dos mil bajas propias. Creta, que sigue resistiendo bien fortificada, es bombardeada sin respiro, e invadida el 20 de mayo con paracaidistas. Un baño de sangre. En una batalla de diez días, los británicos pierden trece mil soldados y la represión de los vencedores habla a las claras a los griegos de lo que les espera: no en vano los alemanes han sufrido en la isla casi ocho mil bajas. El balance estratégico es importante: los británicos han sido expulsados de Europa, y Hitler está más cerca del ataque a la URSS, salvaguardado por gobiernos títeres en los Balcanes; pero también es cierto que la ocupación de esos territorios le obliga a dis-

traer de modo permanente numerosos efectivos: en Grecia, por ejemplo, aun concediendo a los búlgaros el control sobre Tracia y parte de Macedonia y a los italianos sus reivindicaciones expansionistas en el Adriático, lo cierto es que sin la presencia alemana los ocupantes no podrían tenerlas todas consigo.

OCUPACION

La ocupación no acabará hasta el verano de 1944, y será brutal. En un principio, los machacados griegos sólo aciertan a emprender esporádicas heroicidades: fue de alto valor simbólico, por ejemplo, el robo de la enseña nazi del Partenón el 31 de mayo de 1941, apenas un mes después de la derrota. Absolutamente cuanto posee el país, hombres y recursos, queda en manos de los invasores. No hay comida, ni caminos: sólo el peso de la venganza de los vencedores: en Atenas llega a distribuirse tan sólo una ración de pan de treinta gramos; se abren fosas comunes por doquier; en las aceras aparecen cadáveres; sólo en el invierno 41-42 mueren de hambre trescientos mil griegos. Los ocupantes fomentan el colaboracionismo de los antiguos partidarios de Metaxas: las estructuras dictatoriales, sus cuerpos represivos, les sirven a la perfección. No cesan las ejecuciones y depuraciones. Miles de presos políticos son llevados por los nazis a campos de exterminio. Cerca de sesenta mil judíos griegos sucumbirán. Pero también hay matanzas aún más selectivas: todo izquierdista preso tiene los días contados: por ejemplo, Nikos Zakariadis, secretario general del KKE (Komunistikón Komma Elados, Partido Comunista de Grecia) morirá en Dachau.

RESISTENCIA

El vendaval invasor se ha llevado por delante la vieja fisonomía política griega. Sólo el KKE parece haber sobrevivido precariamente, por su capacidad de retornar a las catacumbas en los momentos decisivos: en los confusos días de la toma del poder de los nazis y sus compinches, se produce una fuga de militantes comunistas encarcelados por Metaxas; será decisiva para el renacimiento del partido. La reorganización es más rápida de lo que podría haberse pensado, y desde el primer paso los comunistas tratan de poner en pie el esqueleto de una Resistencia en regla. El 27 de septiembre de 1941 nace el EAM (Etnikós Apelefterotikós Métopos, Frente de Liberación Nacional). Los comunistas, indudablemente, llevan la iniciativa, pero han conseguido agrupar codo con codo a todas las fuerzas consecuentes: sindicatos, grupos minoritarios de izquierda, Partido Socialista y

Unión Democrática; después del 22 de junio, con la invasión de la URSS, nadie puede andarse con remilgos anticomunistas si se quiere derrotar al Eje. Del embrión de un Centro Militar de la Resistencia acabará saliendo a la luz en acciones directas, en febrero del 42, el ELAS (Elinikós Laicós Apelefterotikós Stratós, Ejército de Liberación Popular Griego). Es la señal: huelgas, atentados y demás formas de resistencia estallan por doquier, en medio de la durísima represión.

Los ocupantes no pueden impedir los hábiles movimientos de los resistentes en las zonas agrarias. El EAM-ELAS, paralelamente a su campaña militar, busca la cohesión política de los campesinos y mitigar en lo posible los sufrimientos causados por el latrocinio de los invasores. La política balcánico-oriental de Hitler tiene como objetivo el patente exterminio de unos pueblos odiados. En esta labor de supervivencia y rescate de la

dignidad, un líder carismático, el «kapetanio» Aris Velukiotis, logra estructurar, en el intrincado macizo del Pindo, un verdadero estado democrático: en las sombras se eligen «contrayuntamientos», funcionan escuelas, se urden comunicaciones, se difunde el prestigio de una «radio libre» autónoma.

RECELO DE LONDRES

A medida que las fuerzas del Eje van siendo menos temibles en el contexto mundial de la guerra, Churchill y su Estado Mayor no pueden evitar, en el caso griego, la desconfianza ante un EAM-ELAS cada vez más resuelto a hacer la revolución además de expulsar a los ocupantes. El gobierno monárquico griego se ha instalado en El Cairo. Gran Bretaña auspicia los contactos entre los partidos de derecha y el rey: parece imposible, al terminar la contienda, el regreso a una dictadura militar, dada la pujante concien-



Un campesino anciano, en la frontera greco-yugoslava, registrando entre las ruinas de su casa destruida por la guerra civil.

cia del pueblo. Nace así el EDES (Etnikós Dimokratikós Elinikós Sindesmós, Liga Griega Democrática Nacional), al frente de la cual se coloca al general Zervas; su misión irá más allá de las fuerzas democrático-comunistas que manda como supremo general Safaris. Ambas organizaciones se ven «condenadas» a colaborar tácticamente contra los ocupantes. Pero el EAM-ELAS persiste claramente en su ideario: cuando todo termine, el rey no volverá. Londres vuelca su apoyo en el EDES y decide tolerar cualquier grupo paramilitar que hostigue a la izquierda: surgirán así la organización X, ultraderechista, cuyo jefe es el coronel Grivas (que andando el tiempo, en Chipre, preconizará la «enosis» y será acérrimo enemigo del tercermundista arzobispo Makarios), y las Milicias Griegas, también llamadas Batallones de Seguridad.



Mussolini, a mediados de octubre de 1939, pide información a su mariscal Badoglio sobre los problemas de la invasión de Grecia; Badoglio exige en teoría veinte divisiones y un plazo de tres meses. (En la fotografía, el mariscal Pietro Badoglio).

URSS

Con el decisivo cambio bélico operado en Occidente con la intervención estadounidense, la invasión de Italia, la caída del Duce y la firma por parte de Badoglio, el 8 de septiembre de 1943, del armisticio con los aliados, los nazis se ven solos en Grecia, e intensifican la represión. En las tareas de «limpieza» les ayudan las Milicias Griegas y demás acólitos. Pero Londres y la derecha moderada siguen jugando a dos bandas, pues necesitan la expulsión de los alemanes y ello no es posible sin el EAM-ELAS. Así, ya en agosto de ese año, ha habido una declaración conjunta de los partidos parlamentarios, el EDES y el EAM, según la cual se pospone a un plebiscito después de la liberación la cuestión del régimen. El EAM se ha visto obligado a firmar: lo cierto es que para la organización brotan cada vez más problemas



Tres semanas bastaron al ejército alemán para conquistar Yugoslavia y Grecia. (Granaderos germanos, registrando una casa en un pueblo de la Macedonia griega).

desde la URSS. Stalin hace tiempo que urde con los Aliados el futuro de Europa, y el KKE, fundamental dentro del EAM-ELAS, carece de la suficiente autonomía como para inventar y llevar a cabo una estrategia de liberación nacional aparte de lo que Moscú sugiera. Las conversaciones de Stalin acaban, en 1944, por dejar en manos británicas Grecia; a cambio, la URSS obtiene vía libre en Rumanía: a partir de ahí Moscú trabaja para que la dirección del EAM-ELAS vaya aceptando la subordinación al mando militar británico.

ULTIMA RECTA

El desarrollo de la guerra de liberación se va inclinando ya a favor de los griegos. El 10 de marzo de 1944, el EAM forma el PEEA (Comité Político de Liberación Nacional): su misión será la victoria final y la administración de la «Grecia libre». El PEEA, a la vista de los hechos militares, decide jugar fuerte de cara a Londres y a la derecha: celebra elecciones generales. Es decir, demuestra poder celebrarlas en la clandestinidad, con el país ocupado por los nazis. Son elegidos así una cámara de diputados y un gobierno. Pero la influencia británica consigue que, de momento, tales elecciones no impugnen oficialmente la legalidad del gobierno en el exilio, hacia el cual, por otro lado, pretende Moscú orientar al EAM-ELAS. En cualquier caso, el PEEA se autoproclama como único interlocutor de los Aliados.

Las espadas, políticas o militares, siguen en alto. La iniciativa de la derecha se apunta un importantísimo avance en mayo de 1944, en la *conferencia del Líbano*, con la formación de un gobierno de «Unión Nacional» presidido por



Las espadas, políticas o militares, siguen en alto. La iniciativa de la derecha se apunta un importantísimo avance en mayo de 1944, en la conferencia del Líbano, con la formación de un Gobierno de «Unión Nacional» presidido por Giorgios Papandreu —en la fotografía— y auspiciado por las potencias aliadas.

Giorgios Papandreu y auspiciado por las potencias aliadas, en especial por Londres. La dinámica del reparto del mundo entre los dos grandes bloques cae de lleno así sobre Grecia: en Líbano, el EAM, claramente abandonado por la URSS, no ha podido resistir las intrigas de las negociaciones. El gobierno en el exilio, que se había trasladado de El Cairo a Nápoles, queda así rebasado, pero también se consigue amordazar los resultados de las elecciones clandestinas. Roosevelt y Churchill quedarán con las manos libres para enviar a Grecia un cuerpo expedicionario británico, a partir de la liberación, «para salvar al país de la anarquía». En septiembre, en Caserta, el EAM, deseoso de dar el último empujón a los alemanes, aceptará que el ELAS no entre en Atenas y que

los británicos desembarquen: también Stalin desea que las cosas sucedan así.

LOS LIMITES DE LA LIBERACION

El avance soviético en los Balcanes obliga en agosto del 44 a la retirada alemana; hasta octubre, la Wehrmacht será hostigada por los resistentes hacia las fronteras. El día 12 Atenas y el Pireo son liberados. Los alemanes no han desocupado totalmente el país, sobre todo siguen fuertes en Creta, pero la suerte está echada; para inclinar la balanza del lado de sus intereses, el 14 desembarcan los británicos, al mando del general Scobie; días después, llega el gobierno de Unión Nacional. Scobie queda como dueño de la situación: amparándose en los acuerdos del Líbano, exige «la fusión de todas las organizaciones resistentes, y su dependencia del gobierno de Unión Nacional y del cuartel general de los Aliados»; el plazo para el desarme de los partisanos queda fijado hasta el 10 de diciembre.

Surgen ásperas polémicas en el gobierno sobre cómo interpretar los famosos acuerdos. Pero Scobie ha dicho ya lo que tenía que decir. Los ministros más a la izquierda presentan la dimisión. El ELAS se niega a disolverse.

GUERRA CIVIL

El 3 de diciembre, casi medio millón de personas sale espontáneamente a manifestarse en Atenas contra toda nueva ocupación. Con el beneplácito de los británicos, la multitud es agredida a tiros por contingentes fascistas apostados en las terrazas de los edificios. Al día siguiente, en el entierro de las víctimas, vuelven a producirse las sangrientas descar-



Las tropas desfilan por las calles de Atenas, con ocasión del entierro del mariscal Papagos (1955).

gas. Los británicos hacen la vista gorda ante los grupos derechistas armados. El ELAS, ya sin nada que perder, lucha en Atenas, la ciudad que recibió órdenes de no ocupar y de abandonar a los británicos: un largo mes de combates, tras los cuales los partisanos serán rechazados a las montañas. El propio Churchill irá a Grecia; he aquí sus instrucciones a Scobie: «No vacile en actuar como si se encontrase en una ciudad conquistada en la que hubiera estallado una revuelta (...). Debemos conservar y dominar Atenas. Mejor sería obtener ese resultado sin derramamiento de sangre, pero si es inevitable habrá que emplear la violencia». En consecuencia, Scobie deja sueltos a los grupos paramilitares de la extrema derecha. El 31 de diciembre el arzobispo Damaskinos se hace cargo de la regencia. La guerra civil incendia Grecia.

El 12 de febrero de 1945, un día después de que Yalta ha sellado la suerte del mundo, el ELAS (el KKE ha sido maniatado por Stalin para no luchar abiertamente contra Londres), abandonado e incapaz de vencer, se ve constreñido a firmar el acuerdo de Várkiza con el gobierno Plastiras: depondrá las armas, y en el plazo de un año se celebrará un referéndum institucional sobre la monarquía. Los partisanos, según los acuerdos, habrán de disolverse y entregar el armamento en dos semanas. A cambio, se concede autorización al KKE para su actividad política. Se promulga una amnistía para el EAM-ELAS: esta cláusula, decisiva, fue al fin aceptada por los partisanos, y ello les será fatal: sólo quedaban excluidos de la amnistía los delitos de derecho común, pero ahí radica la madre del cordero. Mientras los hombres del EAM se vieron

considerados como «políticos», sobre el ELAS cayó el hábil peso de la ley. En consecuencia, miles de partisanos se niegan a rendirse: además, proclaman la convicción de que, excepto en Atenas, en la mayor parte del país el ELAS mantenía el control antes de Várkiza: entre estos disidentes está Velukiotis, a quien el KKE, dispuesto a respetar lo acordado, expulsa; Velukiotis será asesinado en circunstancias misteriosas, y por tres días los fascistas expondrán públicamente su cabeza y la de su lugarteniente Tsavelas.

REPRESION

La represión se va haciendo rápidamente más y más indiscriminada. Los fascistas campan por sus respetos, asfixiando violentamente cualquier atisbo democrático. Entre Várkiza y las elecciones del 46, casi 85.000 antifascistas

son detenidos y 1.300 asesinados. Quien no haga profesión de fe monárquica, corre el riesgo de caer en manos de la policía o de los fascistas. Llega un momento en que ya ni es posible el referéndum previsto en Várzika. El propio jefe de gobierno, Sofulis, habla de la conveniencia de aplazar también las elecciones. Hay dimisiones en el gabinete.

Pero a los británicos les interesa dotar de fachada «democrática» a la situación, y presionan para que haya comicios. El KKE y los partidos republicanos se abstienen como protesta, pero también es cierto que dejan el campo libre para que las farsescas elecciones las ganen con facilidad los monárquicos el 16 de marzo de 1946. A toda velocidad se celebra un plebiscito, y regresa la monarquía en la persona de Jorge II.

El terror blanco, lejos de detenerse, se incrementa. El 28 de octubre, en las montañas, los partisanos crean el Ejército Democrático de Grecia, y el 23 de diciembre, el Gobierno Provisional de la Grecia Libre. Es la guerra civil total. Pablo I sucede a su hermano.

USA

En febrero de 1947, Londres informa a Washington de que no está «en condiciones de cumplir sus compromisos en Grecia y Turquía». El 12 de marzo, Truman declara que los Estados Unidos deben «ayudar a la salvación del régimen democrático griego». Los americanos sustituyen de lleno a los británicos: inversiones económicas, puesta a punto de las comunicaciones, reconstrucción de puertos... y contraguerrilla. Oficialmente, el ejecutor griego de la ofensiva final es el general Papagos, conocido ya como jefe de Estado Mayor de Metaxas. Los

últimos reductos partisanos, en Rumelia y el Peloponeso, al mando de Markos y Zakariadis, son vencidos; en agosto de 1949 es la derrota definitiva, en el monte Grammos: los partisanos que no caen o son hechos prisioneros se salvan como pueden hacia los países del Este.

FINIS CORONAT OPUS

«Pacificado» el país, el desequilibrio y la amargura imperan por doquier. Bajo la jefatura de Papagos, no se inicia ni siquiera la reconstrucción en regla, pues la derecha quiere antes imponerle electoralmente. Sorprendentemente, en marzo de 1950, las elecciones son aún ganadas por cen-

tristas liberales, pese al prestigio del mariscal. En septiembre de 1951, Papagos encabeza la coalición «Reagrupamiento Helénico», que sólo logra el 36 por 100 de los votos. Washington envía a su embajador Piurefoy con instrucciones tajantes: así se crea un peculiar sistema electoral mayoritario. Todo tipo de represiones, sobornos, trucos y engaños cae sobre el pueblo esquilmado y roto: el 16 de noviembre de 1952 Papagos vence en las urnas, con un 49 por 100 de los votos y el 82 por 100 de los escaños. Grecia entra en la OTAN. En el 55 comenzará la era Karamanlis. Pero la derrota de la izquierda se ha consumado verdaderamente en el 52. ■ M. B.



El general Markos Vafiadis —en la fotografía— Jefe del Ejército Democrático Griego en 1946 (E.L.A.S.); posteriormente jefe del Gobierno Provisional de la Grecia Libre que se formó el 24 de diciembre de 1947. Militante del partido Comunista, Markos fue destituido en 1949, poco antes de la derrota de los Montes Grammos.